rara;—lo buscará por una parte y por otra, inútilmente.

Y al decir esto Esperando, hizo un vago movimiento con las manos; puso cara de imbécil, y guiñó los ojos de pronto como si de pronto hubiera visto ante ellos un foco luminoso.

—¿Por qué dices eso?—le preguntó Danzarín con aspereza.

—Es que he recordado una historia,—le repuso Esperando como para excusarse.

—¿Qué historia?

—Te la contaré: ocurrió una vez que robaron también un caballo... el caballo de mi vecino Miguel, un aldeano muy gordo y picado de viruelas.

—Bien, ¿y qué más?

—El caballo fué robado... pacía en el otoño en un campo de trigo... y desapareció. Cuando Miguel comprendió que se había quedado sin el caballo, fué de ver cómo cayó por tierra y se puso á dar alaridos. ¡Ay, hermanito! y cómo aúllaba. Al verlo caer, se hubiera creído que le habían roto las piernas.

—¿Y después?

—Después, permaneció así mucho tiempo.

—¿Y á qué viene ahora todo eso?

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

A aquella pregunta hecha á boca de jarro, Esperando se alejó de su compañero y le contestó con timidez:

—Te diré... me he acordado, porque un aldeano sin caballo cae en la miseria.

—Escucha lo que voy á decirte,— exclamó foscamente Danzarín mirando á su compañero con fijeza:—No vuelvas á hablar de eso: tus cuentos no sirven de nada, ¿lo has comprendido? Eso no te importa á tí.

—Pero mueve á compasión,— replicó Esperando encogiéndose de hombros.

—¡Compasión!... No tengas miedo: nadie se compadece de nosotros.

—Eso es muy cierto.

—Entonces, cállate. Vamos á marchar ahora mismo.

—¿Ya?...

—Sí.

Esperando se acercó á la hoguera, hurgó en ella con un palo, miró á Danzarín entregado de nuevo á su trabajo, y dijo con entonación dulce y suplicante:

—Dejémosle que se vaya.

—Veo que estás hoy de muy mal temple,—exclamó Danzarín con semblante contrariado.

—Te digo bajo mi palabra,—dijo Esperando con voz baja y convincente, que el asunto merece reflexionarse. Es peligroso; es menester llevar al caballo cuatro verstas de aquí. ¿Y si los tártaros no lo quieren, qué hacer entonces?

—Eso es cuenta mía.

—Como quieras; pero valdría más dejar que se marchase. Que vaya por donde quiera; ¡si está medio reventado!

Danzarín no desplegó los labios: sus dedos eran los que se movían con rapidez.

—¿Cuánto nos darán, caso de tomarlo,—siguió diciendo Esperando obstinadamente y en voz baja. —Y este es el mejor momento de la noche: pronto será completamente obscuro. Si hubiésemos seguido á lo largo de la torrentera hasta Dubenka, quizá hubiésemos cogido algo mejor.

El monótono discurso de Esperando flotaba en el espacio con el murmullo del arroyo é irritaba los nervios de Danzarín, quien se callaba y apretaba los dientes: tan excitado estaba, que rompía los mimbres entre los dedos.

El caballo suspiró profundamente y empezó á revolverse. Envuelto en la sombra, parecía más disforme y miserable.

Danzarín lo miró y escupió en el fuego.

—Las aves están ya fuera; en las charcas... los patos y los ánsares...

—¿Has concluído ya?—dijo Danzarín disgustado, interrumpiendo á su amigo.

—No te incomodes por eso, camarada. ¡Váyase al diablo! ¿no es verdad?

—¿Es que has comido algo hoy?—le dijo Danzarín encolerizado.

—No,—repuso Esperando, asustado de aquella salida de tono que era un apóstrofe para él.

—Pues bien: reniego del caballo y nada me importa que revientes.

Esperando, silencioso, le vió cómo reunía en un manojo los mimbres, y le escuchó resollar con enojo.

El reflejo de la hoguera dejaba ver su rostro irritado, rojo, y su erizado bigote.

Esperando se volvió y suspiró profundamente.

—Te digo otra vez que maldito lo que se me importa. Haz lo que te dé la gana,—exclamó Danzarín con voz áspera y enronquecida.

—Bien, —repuso Esperando en voz baja.

—Pero te advierto que si continúas buscando rodeos de ese género, dejaré de ser tu compañero: ya te he dicho bastante... te conozco: hemos concluído.

—Eres muy original, un hombre verdaderamente original.

—¡Basta!

Esperando sufrió una crispación y se puso á toser: después que hubo pasado el acceso, dijo suspirando con dificultad:

—Si he dicho todo eso, ha sido, sobre todo, porque es peligroso...

—¡Basta!—gritó Danzarín con voz incomodada.

Levantó del suelo el haz de mimbres, se lo echó á la espalda, colgó de su brazo la cesta no concluída, y se puso en pie.

Esperando se levantó también, miró á su compañero y se dirigió lentamente hacia donde estaba el caballo.

—¡Eh! ¡eh!... quieto: ¡pasa, pasa, imbécil!

Danzarín vió á su camarada ocuparse en el caballo, cómo le quitaba el harapo que lo sujetaba por el morro, y sus labios de ladrón empedernido empezaron á temblar.

—¿Vienes, sí ó no?—dijo poniéndose en marcha.

—Ya voy,—le repuso Esperando.

Y abriendo camino por entre el matorral, se fueron ambos, silenciosos, á lo largo de la torrentera protegidos por la obscuridad de la noche.

El caballo los siguió.

Un ruido de agua que entrechocaba, se elevó detrás de ellos cubriendo la melodía del arroyo.

—Ves el idiota... mira cómo tropieza y cae en el arroyo,—dijo Esperando.

Danzarín, encolerizado, bufaba sin responder.

En el pesado suelo de la torrentera, el dulce estremecimiento de las matas descendía con lentitud del sitio en que las brasas brillaban en las tinieblas en rojo montón, como pupila monstruosa, malvada y burlona.

Salió la luna.

Su brillo transparente llenó de opaca claridad el pequeño valle; se delineaban sombras; el bosque se hizo más espeso, y la calma pareció ser más profunda y más severa: los troncos blancos de los álamos,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

plateados por la luna, se destacaban, semejantes á cirios, del fondo sombrío de las encinas, de los olmos y de la maleza.

Los dos amigos seguían marchando por el fondo de la torrentera; y lo hacían penosamente, pues que sus pies tan pronto se resbalaban, como se hundían profundamente en el barro.

Esperando tenía la respiración corta y de su pecho se escapaban silbidos, estertores, gritos quejumbrosos: parecía un viejo reloj destrozado. Danzarín marchaba delante, y la sombra de su cuerpo daba de lleno sobre Esperando.

—Vamos marchando,—dijo aquél de repente con acento gruñón y de hombre ofendido; - pero ¿á dónde? ¿y qué es lo que vamos á buscar? ¡Ah!...

Esperando suspiró y nada dijo.

—Además: la noche es más corta que el pico de un gorrión: llegaremos con el día al pueblo y ¿qué comeremos? Nos paseamos como señoritas.

—No me encuentro bien, amigo mío,—dijo Esperando en voz baja.

—¿Con que no te encuentras bien?—preguntó con ironía Danzarín. ¡Mira lo que son las cosas! ¿Y qué tienes?

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Me cuesta trabajo el respirar,—contestó el ladrón enfermo.

—Que te cuesta trabajo... ¿y por qué no puedes respirar?

—Supongo que por causa de mi enfermedad.

—¡Mientes! por causa de tu necedad.

Danzarín se detuvo; dió frente á su compañero y agitando su dedo sobre la nariz de éste, añadió:

—No puedes respirar por causa de tu necedad; así como suena. ¿Lo has comprendido?

Esperando inclinó cuanto pudo la cabeza y dijo, como excusándose:

—Tienes razón.

Quiso decir algo más, pero se echó á toser. Apoyó las manos en el tronco de un árbol, y tosió por mucho rato, dando patadas, sacudiendo la cabeza y con la boca extraordinariamente abierta.

Danzarín se fijó en su demacrado semblante, que la luz de la luna volvía terroso y verde.

—Vas á despertar á todos los lobeznos del bosque, —díjole por fin con voz avinagrada.

Luego, cuando Esperando dejó de toser y pudo respirar libremente, con la cabeza echada hacia atrás, le dijo con acento autoritario:

—Sentémonos y descansa.

Y ambos tomaron asiento en la tierra húmeda á la sombra de los matorrales. Danzarín lió un cigarrillo, lo encendió, lo vió como ardía, y dijo con tono pausado:

—Si tuviéramos en casa algo que comer, ya hubiéramos vuelto.

—Es verdad,—expresó Esperando con un movimiento de cabeza.

—Pero como en casa nada tenemos, es preciso que aun sigamos andando.

—Sí; es preciso seguir,—dijo el otro suspirando.

—Por más que no tengamos parte alguna donde ir, porque todo será en vano. Somos tan estúpidos que....

La voz seca de Danzarín cortaba el aire y parecía causar gran inquietud á Esperando. Este se revolcaba en la tierra, suspiraba y se agitaba de un modo extraño.

—¡Tengo hambre, un hambre horrible!—terminó diciendo Danzarín con voz lánguida y llena de reproches.

Esperando se levantó con aire decidido.

—¿A dónde vas?—le preguntó Danzarín.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Vámonos.

—¿Que mosca te ha picado? ¿á qué son ahora esas prisas?

—Vámonos.

—Pues vamos.

Y Danzarín se levantó á su vez.

—Vamos,—dijo,—pero será inútil.

—Ya veremos lo que sucede.

Esperando echó á andar como la soga tras el caldero.

—¿Has recobrado el valor?—díjole Danzarín.

—¿Y qué remedio? Tú me has hostigado, me has acusado. ¡Ah, Dios mío!

—¿Y por qué has procedido sin reflexión?

—¿Por qué?

—Sí.

—Porque he tenido piedad... en la apariencia.

—¿De quién?

—¿De quién? ¡Pardiez! del hombre.

—¿Del hombre?—preguntó Danzarín con voz pausada.—¡Ah! tú, tú tienes buen alma, pero no tienes ni un adarme de talento. ¿Acaso le debes algo á aquel hombre? ¿Comprendes esto? Si él te echa mano al cuello, te aplastará como se aplasta una pul-

ga bajo la uña. ¡Y en las circunstancias actuales le compadeces! Ahora puedes manifestarle toda tu simpleza y verás cómo te hace sufrir las de Caín por tu piedad. Te arrancará con su mano los intestinos; te extraerá toda la sangre de las venas lentamente, á tí, sí, por tu piedad. Ruégale antes á Dios que te apaleen sin compasión; será preferible para tí; ruégale que la lluvia te convierta en barro... ¡Piedad!... ¡Quita allá, estúpido!

Danzarín estaba fuera de sí; su voz punzante, llena de ironía y de desprecio hacia su compañero, resonaba en el bosque, y las ramas de los arbustos se balanceaban con ligero estremecimiento como si aprobasen aquellas palabras duras, pero justas.

Esperando, aplastado por el peso de aquellas reconvenciones, marchaba con paso trémulo, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, y con la cabeza profundamente inclinada sobre el pecho.

—Escucha,—dijo por fin.—¡Es lo mejor!... Vamos á llegar al pueblo... yo iré solo... no vengas conmigo de ninguna manera. Cogeré, decididamente, lo que halle á mano... ¡y en seguida, á casa!... Al llegar me acostaré. ¡Me siento muy mal! Sin hablar de tí...

Apenas se le entendía; estaba sofocado con un ruido, con un hervidero en el pecho. Danzarín lo miró con aire desconfiado; se detuvo; quiso decir algo, pero consideró que sería inútil y continuó su marcha sin decir palabra.

Anduvieron largo rato despacio y guardando silencio.

A poca distancia de ellos cantaban los gallos y aullaba un perro. Un pájaro grande se cernía en los espacios, semejante á una gran mancha negra en la túrbida luz de la luna, y sobre la torrentera flotaba, con el rozamiento de sus alas, su grito de mal augurio.

—Es un cuervo ó una corneja,—dijo Danzarín.

—Escucha,—exclamó Esperando dejándose caer pesadamente en el suelo.—Ve tú; yo me quedo aquí... no puedo más... me ahogo; la cabeza me da vueltas...

—Estamos bien,—exclamó Danzarín disgustado. —¿Es decir, que no puedes más?

—No, no puedo más.

—Te felicito por ello, ¡quita allá!

—¡Me siento tan débil!

—Gran milagro cuando se lleva andando todo el día con el estómago hueco.

—No, esto... esto es qué ya... que ya he concluído. ¡Mira, mira como sale la sangre!

Y Esperando mostró á su camarada la mano manchada de una cosa obscura.

Danzarín fijó en ella la vista y preguntó con voz sorda:

—¿Y qué hacemos ahora?

—Vete; yo me quedaré aquí... descansaré... y quizá...

—¿Y á dónde he de ir? A menos que vaya al pueblo y diga que hay aquí un hombre enfermo...

—No; anda con cuidado; te pegarán.

—En eso tienes razón... Como caiga en sus manos...

Esperando se tendió boca arriba, tosiendo sordamente y esputando sangre en abundancia.

—¿Sale?—le preguntó su camarada de pie junto á él, pero volviendo los ojos á otro lado.

—Sale bastante,—repuso Esperando con voz débil que parecía un soplo, y empezando á toser de nuevo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Danzarín profirió un juramento cínico en alta voz y añadió:

—¡Si llamase á alguien!

—¿A quién?—preguntó su camarada con voz que parecia un eco triste.

—Si te pudieras levantar y nos fuéramos muy despacio, tal vez...

—No...

Danzarín se sentó junto á la cabeza de su amigo y cogiéndose las rodillas con las manos, contempló el semblante del enfermo. El pecho de Esperando se levantaba irregularmente con ronquido sordo; los ojos se le iban escondiendo en sus órbitas, y sus labios se descoloraban de una manera extraña y parecía que se iban pegando á los dientes. Del extremo izquierdo de la boca brotaba un hilo de sangre obscura, que corría por la mejilla.

—¿Todavía sale?—preguntó en voz baja, y en el tono en que hizo la pregunta había algo de respetuoso.

El rostro de Esperando tembló.

—Todavía sale...

Oyóse un débil ronquido; Danzarín apoyó la frente en sus rodillas y guardó silencio.

Sobre ellos se elevaba la vertiente del barranco surcado de profundas hondonadas hechas por los torrentes primaverales. En la cima, una hilera de árboles se asomaba al barranco iluminado por la luna.

El otro talud, de pendiente más suave, estaba cubierto de arbustos; acá y allá surgían entre ellos masas sombrías, los troncos grises de los álamos, y en las desnudas ramas se distinguían con toda claridad los nidos de las cornejas de pico blanco. Y la torrentera bañada por la luna parecía un sueño, un sueño fastidioso privada de los colores de la realidad; el murmullo pacífico del río aumentaba aquella carencia de vida y matizaba la triste tranquilidad que allí reinaba.

—¡Me muero!—balbuceó Esperando con voz apenas perceptible, y luego repitió en voz alta y firme: —¡Me muero, camarada!

Danzarín, conmovido, temblaba como un azogado; se agitó, dió un resoplido, y levantando la cabeza que aún tenía sobre las rodillas, le dijo en voz muy baja y como si temiese distraerlo de alguna cosa:

—No tengas miedo,—murmuró inclinándose so-

sobre el rostro de su amigo;—eso no es nada... puede ser que sea, sencillamente .. vamos, amigo mío, que eso no es nada; te lo aseguro.

—¡Señor Jesús!—suspiró profundamente, más bien que dijo, Esperando.

—Que eso no es nada,—repitió Danzarín, inclinándose más sobre el rostro del enfermo.—Trata de cobrar un poco de ánimo... es posible que eso te pase pronto...

Pero Esperando volvió á toser; un nuevo ruido se escapó de su pecho, algo así como si un guiñapo mojado restallara en sus costillas. Danzarín lo miraba y se retorcía el bigote, guardando silencio. Cuando hubo acabado de toser, empezó á respirar de una manera entrecortada y ruidosa, como el que acaba de hacer una carrera velocísima.

Estuvo respirando así bastante tiempo, y luego dijo:

—Perdóname, camarada, si te he... y también por lo del caballo... ¡perdóname, hermanito mío!

—A tí es á quien toca perdonarme,—le dijo Danzarín interrumpiéndole, y después de una corta pausa, continuó:

—Pero ¿á dónde iré yo ahora, y qué haré sin tí?

—¿Tú?... tú... Que Dios te...

Suspiró sin acabar la frase, y se calló.

Después empezó como á roncar; estiró las piernas separando la una de la otra un poco.

Danzarín lo miraba sin separar de él los ojos. Pasaron algunos minutos tan largos como horas.

Esperando intentó levantar un poco la cabeza, pero se encontró demasiado débil, y la cabeza dió nuevamente en el suelo.

—Hermanito mío, ¿cómo te encuentras?—le preguntó Danzarín agachándose sobre él; pero su amigo no le respondió: estaba tendido y sin movimiento alguno.

El grave Danzarín permaneció un rato junto á su camarada; luego se levantó; se quitó la gorra; hizo la señal de la cruz y se alejó lentamente siguiendo á lo largo de la torrentera. Su rudo semblante expresaba una expresión dolorosa; sus cejas y sus bigotes estaban más erizodos que de costumbre y andaba pisando fuerte, como si quisiera hacerle daño á la tierra.

El día empezaba á asomar; el cielo estaba gris, sin dulzura; pesado silencio reinaba en el pequeño

valle; únicamente el arroyo continuaba impasible, pronunciando su discurso monótono y enojoso.

Pero de pronto se escuchó un ruido: quizá un mogote de tierra que rodaba al fondo de la torrentera. Al ruido aquel despertáronse las cornejas y remontaron el vuelo dando gritos de alarma. Pero aquellos ruidos no turbaron mucho tiempo el silencio en el angosto valle, pues apenas se elevaron, se fueron desvaneciendo en el aire húmedo y frío de la torrentera...

FIN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

[illegible]